

La política como fábula

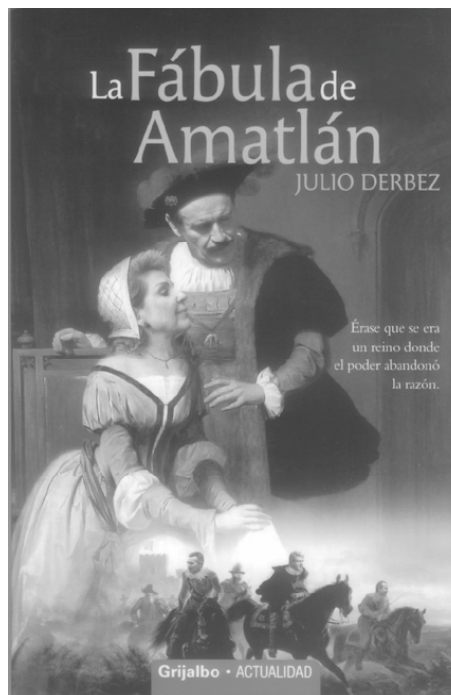
Morelos Torres

Maquiavelo describió en un despiadado e instructivo ensayo la realidad política de su tiempo; Shakespeare lo hizo en sus obras de teatro, de las que destacan las célebres tragedias; siglos más tarde, Martín Luis Guzmán escogió la novela —*La sombra del caudillo*, ni más ni menos— como medio para plasmar un brillante y aún vigente retrato del poder y de los poderosos en nuestro país.

Pero, ¿en qué género se deberían retratar los confusos entramados de la elite política en el México actual? ¿Acaso la farsa, la comedia, la poesía satírica? Julio Derbez opta por la fábula: nueve relatos —rematados con la consabida moraleja— donde aparecen los personajes protagónicos del poder en nuestros días: la pareja presidencial, los candidatos a la presidencia y “un sinfín de saltimbanquis, ujieres, lacayos, heraldos, ministros, usureros y vasallos”: la clase política y los ciudadanos, los gobernantes y los gobernados.

Los personajes sobre los que el libro se centra son: Sahag, esposa del Rey Fish cuya influencia sobre éste mina el prestigio del monarca; el propio Fish, envuelto en aventuras y penurias; Haces López, príncipe al que algunos ven como benefactor y otros como tirano —candidato a la presidencia por la divisa roja—; Bob García, aspirante al cetro incapaz de percibir su impopularidad —candidato por la divisa verde—; y Pech Domínguez, impetuoso político que rompe con Fish, gana la nominación de su partido —siendo entonces proclamado candidato por la divisa azul— y, finalmente, la elección presidencial, aunque no llega a ser coronado.

La fábula de Amatlán es una reinterpretación de la Historia de México. Amatlán, país imaginario, es el retrato —unas veces



chusco, otras dramático con visos de tragedia— que México proyecta en el espejo propuesto por Derbez. Desde la llegada de los catañoles a Amatlán —cruzando la mar océano— hasta nuestros días, la narración de los acontecimientos políticos describe a los principales personajes de la historia nacional, sobre todo a partir de la Guerra de Reforma, la República restaurada y el Porfiriato.

Sin embargo, el énfasis está colocado en el momento actual, en la sucesión presidencial que congrega no sólo a los tres consabidos candidatos, sino a un ejército de ministros, funcionarios, consejeros y súbditos sin los cuales no sería posible llevar a cabo la función.

El panorama que plantea en este contexto Derbez está formado por un partido azul unido, con un candidato fuerte, que pelea duramente por el poder; un partido rojo, cuyos dos candidatos en pugna son irreconciliables, y por tanto compiten en-

tre sí y se desprecian debilitando su propia causa, y un partido verde que, incapaz de renovarse, termina por dividirse en dos bandos que combaten ferozmente entre sí.

La fábula de Amatlán está escrita como una suerte de historia del porvenir, un relato de las peripecias por las que tendrá que atravesar la nación en los próximos años. Al respecto, el autor propone varios finales posibles. En el primero de ellos, la parte norte del país se integra de una manera casi natural al poderoso vecino, con lo cual la nación se resquebraja; en el segundo, tras de varias semanas de caos y desorden, de delincuencia y pobreza, el ejército interviene para preservar la soberanía, y a esta intervención la sucede el ascenso al trono de un misterioso y respetado gobernante que restablece el orden hasta que el reino se cohesiona nuevamente. Existe todavía otra versión, la más optimista e inocente: que el candidato del partido rojo, arropado por sus increíbles virtudes, gana la elección inmerso en el júbilo popular, logra la armonía entre ricos y pobres y su gobierno permite que los amatlanos vivan felices para siempre.

Escrito como una especie de código, de genealogía, de lienzo o relación que toma elementos tanto del México prehispánico como de las crónicas de la Europa medieval, el libro se caracteriza por un humor agríndice surcado por frases que describen el momento presente: “La falta de unidad, de cohesión, es condición previa para que un conflicto pueda crecer en un cuerpo social”.

“Algo está podrido en Dinamarca” dijo alguna vez el buen Hamlet. ¿Qué diría hoy el trágico personaje si transcurriera sus días inmerso en la corte del reino de Amatlán-México? ■

Julio Derbez, *La fábula de Amatlán*, Grijalbo, México, 2005.